



Corazón de COCO.

Cathy Cassidy

*The
chocolate
box girls*

Más de
2.000.000
de ejemplares
vendidos

DESTINO



Corazón de COCO

Cathy Cassidy

Traducción de
Julia Alquézar

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.
Título original: *The Chocolate Box Girls. Coco Caramel*
©del texto, Cathy Cassidy, 2013
©del traductor: Julia Alquézar, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-08-16916-1
Depósito legal: B. 2.634-2017
Fotocomposición: Auradigit
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



Se dice que las familias son como el chocolate: fundamentalmente dulces pero con un toque amargo. Y en el caso de mi familia, quizá haya más de un caso así.

También se dice que la vida es como una caja de bombones, y que no puedes esperar que cada uno sea exactamente como tú quieres. A mí esa idea me parece algo ridícula, y teniendo en cuenta que mi madre y mi padrastro tienen un negocio de bombones, creo que sé de lo que hablo. Es mejor elegir solo tus favoritos, aunque no vengan en una caja bonita. Con un poco de planificación, puedes conseguir lo que te propongas, sin sorpresas desagradables. Así de sencillo.

Me apoyo en el tronco del árbol y dejo el violín sobre mi regazo.

Acabo de terminar mi práctica diaria. Empecé a tocar hace solo un año, pero como mi familia no tiene una vena

especialmente musical ni tolera demasiado bien a los violinistas principiantes, tengo prohibido tocar dentro de casa.

Nuestra casa, Tanglewood, es un hostel, y mamá dice que molesto a los huéspedes cuando toco el violín y que no podemos permitirnos perder a ningún cliente. Este es un ejemplo del tipo de cosas que tengo que aguantar, porque, en realidad, solo se quejaron dos o tres huéspedes, y hace mucho tiempo, justo cuando estaba empezando. Ahora he mejorado mucho, y la música de mi violín no recuerda en absoluto a unos gatos moribundos.

La actividad en el hostel empieza a decaer un poco últimamente, justo ahora que el negocio de bombones está despegando, así que no consigo entender por qué habría de importarnos perder a uno o dos huéspedes que probablemente carezcan de gusto musical. Pese a todo, no puedo tocar en casa, de modo que tengo que practicar fuera, subida a mi árbol favorito, un roble. Es un árbol bastante cómodo porque tiene una rama ancha casi en ángulo recto con el tronco. He subido un cojín de una de las sillas del jardín, así que cuando me apetece, puedo poner las piernas y apoyar la espalda, como si fuera un viejo sillón lleno de bultos.

También puedo dejar las piernas colgando, justo como las tengo ahora, y observar lo que pasa en el suelo, bajo las hojas del roble. Es octubre, y estamos al final de las vacaciones de mitad de trimestre. Los colores de las hojas oscilan entre el dorado, el naranja oscuro y el carmesí. En el ambiente se impone un aire fresco, de modo que llevo una bufanda, una sudadera y una gorra. Todavía no hace frío suficiente

para llevar guantes, pero pronto lo haré. Si alguna vez has intentado tocar el violín con guantes de lana a rayas rojas y negras, sabrás que no es buena idea. Tal vez se te ocurra pensar que mi familia se apiadará de mí y me dejará practicar bajo techo, pero es imposible. A veces creo que son unos auténticos incultos.

Mis amigas de la escuela piensan que mi familia es guay, pero no tienen ni idea. Mamá y Paddy van ajetreados de un sitio a otro, haciendo equilibrios entre las obligaciones del hostel, los pedidos de bombones y las nuevas ideas para trufas y cajas pintadas. Y respecto a lo de tener cuatro hermanas... bueno, solo diré que puede ser muy complicado, y más cuando eres la pequeña.

Como he dicho, a mi familia le falta un tornillo.

Honey, mi hermana mayor, definitivamente es más amarga que dulce: por fuera parece mona, pero por dentro es toda una rebelde. Actúa como si los límites y las reglas no fueran con ella. En verano provocó un fuego por accidente e intentó fugarse; unas semanas después, no volvió a casa en toda una noche, y se saltó el primer día de clase. Todo el mundo creyó que se había vuelto a escapar, y la policía y los servicios sociales tuvieron que intervenir. Todo daba mucho miedo. Honey parece estar ahora más tranquila, pero es una incógnita por cuánto tiempo.

Mi hermanastra Cherry es genial, pero cuando llegó el año pasado, demostró ciertas dificultades para distinguir la realidad de la ficción. También le costó mantenerse lejos del novio de Honey, y ahora son pareja. Para Cherry es perfecto,

pero para Honey no tanto; desde que Shay dejó a Honey, mi hermana ha salido con casi todos los chicos de Somerset, y parece que cuanto más problemáticos sean, mejor. Hace poco, Cherry y Shay rompieron durante una semana, y las malas lenguas dijeron que Honey había tenido algo que ver, pero ahora vuelven a estar juntos y más fuertes que nunca. No me malinterpretes: Cherry me cae muy bien, solo que no puedo evitar desear que no se hubiera enamorado de Shay Fletcher.

En fin. A mi hermana Skye le gusta ponerse vestidos de chicas muertas, o *vintage*, como ella los llama. El año pasado se enamoró de un chico fantasma imaginario, mientras que ahora tiene una relación a distancia con su novio, que vive en Londres. Se pasan el día escribiéndose, mandándose mensajes por teléfono y por correo. En mi opinión, creo que debería haberse quedado con el chico fantasma.

Y luego está Summer, la gemela de Skye. Pensaba que lo tenía todo: belleza, talento, popularidad, grandes sueños y determinación. Consiguió una beca para una escuela de ballet, pero echó por tierra sus posibilidades cuando se derrumbó por toda la presión. Su sueño se convirtió en una pesadilla, de modo que a día de hoy sigue luchando por liberarse. Últimamente Summer no es más que una sombra, frágil, delicada y perdida. Se resiste a comer, como si pensara que alguien quiere envenenarla; mientras tanto, nosotros debemos ir de puntillas a su alrededor, fingiendo que no hay ningún problema, aunque haya uno muy serio.

Summer se pasa todo el tiempo con Alfie Anderson, que

no tiene ni un pelo de guay. Es el tipo de chico que se cree muy gracioso por echarle sal en lugar de azúcar en tu taza de chocolate caliente. Yo no le veo ni pizca de gracia, y no tengo ni idea de qué puede ver Summer en él.

Los chicos no traen más que problemas, y si desaparecieran de la faz de la tierra ahora mismo, Honey, Cherry, Skye y Summer serían probablemente mucho más felices y más divertidas. Personalmente, creo que los animales son mucho más de fiar, y estar con ellos resulta más gratificante. Echo un vistazo entre las hojas y veo al perro *Fred* esperarme pacientemente a los pies del árbol, mientras *Bah*, mi oveja mascota, come hierba cerca de allí. ¿Ves? Los animales son leales. No les importa que desafines alguna nota cuando tocas el violín. Nunca te juzgan, y no te decepcionan.

La gente puede aprender mucho de los animales. Sé que mis hermanas no son perfectas, pero las quiero y soy leal con ellas. Si alguien dice algo en su contra, las defenderé con uñas y dientes.

El problema de ser la más joven es que los demás no te toman en serio. Te cuelgan el sambenito de ser la pequeña de la familia y no puedes deshacerte de él, y es todo un incordio. No obstante, pienso dejarlos a todos boquiabiertos. Tengo mi vida perfectamente planeada, y estoy muy segura de que será estupenda.

Quiero trabajar con animales: seré voluntaria y salvaré a especies en peligro. De hecho, ya me he puesto manos a la obra en esto último porque, asumámoslo, el tiempo se acaba. El lunes he organizado una venta de pasteles en la escue-

la para ayudar a los pandas en peligro de extinción, y antes de las vacaciones de mitad de trimestre, inicié una recogida de firmas para salvar al rinoceronte blanco. Conseguí 233 firmas y se las envié al gobierno por carta certificada. Cuando haya salvado al panda, al rinoceronte blanco y a otros animales en peligro, estudiaré para ser veterinaria, y en algún momento viviré en una gran casa junto al mar (parecida a Tanglewood), donde tendré mis propios caballos y tocaré el violín donde quiera. Dentro y fuera de casa.

Sé lo que quiero, y no me parece demasiado.

Si la vida es una caja de bombones, pienso asegurarme de elegir cuidadosamente. ¿Por qué malgastar el tiempo con turrón y tofe, cuando puedes disfrutar de algo que realmente te gusta?

Me encantan todas las trufas que mi padrastro Paddy prepara para su negocio, *The Chocolate Box*, pero la trufa de corazón de coco y caramelo que inventó en mi honor cuando cumplí doce años es sin duda la mejor de todas.

Si mi vida va a ser una caja de bombones, pienso asegurarme de tener una buena reserva de bombones de caramelo y coco, siempre sabroso, delicado y dulce.

2



Preparo una mesa en el vestíbulo de la escuela de Exmoor Park, la cubro con un mantel rojo y blanco y cuelgo en la parte delantera mi cartel pintado a mano, donde se puede leer «Salvemos al panda gigante». Después, coloco los platos y sirvo en ellos los cupcakes caseiros, que he cubierto con glaseado negro y blanco para recrear las caras de los pandas. ¿Quién podría resistirse?

—Tienen mejor pinta que los de ballenas que preparaste la última vez —comenta mi amiga Sarah—. De hecho, estos son bastante monos. ¿Cuánto vamos a cobrar? ¿Diez peniques? ¿Veinte?

—Treinta peniques, o cincuenta por dos —decido—. Es con un fin benéfico, ¿no?

Es el primer día después de las vacaciones de octubre, y a Sarah y a mí nos han dado permiso para salir de clase de historia diez minutos antes con el fin de colocar nuestro

puesto y así poder sacar el máximo partido de la hora del recreo cuando suene el timbre.

Sarah trae el recipiente de plástico donde lleva el pastel de chocolate, mientras yo coloco un bizcocho tradicional, pastelitos de chocolate y arroz inflado y galletas con pepitas de chocolate con aspecto de estar demasiado secas. Mis amigas siempre vienen a echar una mano en ocasiones como esta, y suelen contribuir. Preparo los folletos que he hecho a mano, en los que explico por qué el panda gigante está en peligro y necesita nuestra ayuda. He aprendido por las malas que a mis compañeros no les impresionan mis esfuerzos por recaudar fondos con marchas o protestas silenciosas. Es mucho más fácil conseguir su participación económica si hay pastel de por medio.

—Muy bien —dice Sarah—. Faltan treinta segundos. Vigila al grupito de niños de diez años, estoy segura de que la última vez nos robaron tortitas.

—Nadie se atreverá a tocar ni una sola miga mientras yo esté vigilando, te lo prometo.

Me pongo mi gorro de panda, con orejas incluidas, y echo los hombros hacia atrás, lista para la batalla.

—Vamos allá —digo a Sarah—. ¡Por los pandas!

Suena el timbre y el vestíbulo se inunda de niños. Huelen el pastel y se arremolinan alrededor del puesto. Cogen *cupcakes* de panda y porciones de bizcocho, antes de echar monedas calientes y pegajosas en la caja de recolecta.

Una chica de quinto compra toda la caja de pastelitos de chocolate y arroz inflado por cinco libras porque es el cum-

pleaños de su madre. Entonces, descubro a un chico de sexto que intenta mangar un par de trozos de pastel de chocolate y lo cojo con firmeza por la muñeca.

—Cincuenta peniques, por favor —digo dulcemente—. Todas las ganancias sirven para ayudar al panda gigante.

—¿Ayudarlo a qué? —pregunta él sin querer soltar el dinero.

—A sobrevivir —explico con paciencia—. Están prácticamente extinguidos debido a la tala de bosques de bambú, que son el alimento de los pandas.

—¿Y por qué no comen algo distinto? —pregunta el niño—. Pizza. Hamburguesas. Pastel de chocolate.

Empiezo a impacientarme.

—No pueden —explico—. Son pandas, no personas. Se supone que tienen que comer brotes de bambú, y la gente está destruyendo su hábitat. Salvarlos está en nuestras manos.

El gesto de la cara del chico se vuelve serio.

—Si eso es cierto, no deberías llevar un gorro de panda —y añade—: Es de muy mal gusto.

Y se marcha sin más, zampándose el pastel de chocolate.

Los chicos son realmente irritantes y tontos, sobre todo los de sexto.

Y los chicos de mi clase tampoco son mucho mejores. Lawrie Marshall se ha abierto paso hasta la primera fila y está leyendo mi folleto sobre los pandas con una mueca de asco y disgusto.

Lawrie es el chico más insoportable y arisco que he conocido jamás. Es un solitario que irradia vibraciones de mal rollo, que mantienen alejados tanto a niños como a profesores. Si fuera una trufa de chocolate, sería uno de los experimentos desastrosos de Paddy: chocolate negro relleno de pepinillos y regaliz, o algo igualmente asqueroso.

Debe de tener un lado goloso, no obstante, porque siempre viene a las ventas de pasteles.

—¿Y cómo sabes que vas a cambiar el mundo con un pastel?—masculla, mientras guarda cuatro cupcakes en una bolsa de papel y me entrega una libra.

—Simplemente lo sé —digo—. Me preocupo por las pandas, y cualquier cosa que pueda hacer por concienciar a los demás y recaudar fondos tiene que ayudar.

—Ya —dice Lawrie—. ¿Y qué se supone que es el dibujo del glaseado negro y blanco? ¿Un tejón?

—Caras de panda —digo entre dientes—. Salta a la vista.

—Ya —gruñe—. Por tu bien, más te vale tener otras habilidades. —Este chico me exaspera—. Un gorro muy bonito —se burla Lawrie antes de marcharse.

Consigo resistir la tentación de lanzarle una galleta a la cabeza, pero solo por los pelos.

—Ignóralo —replica Sarah—. Parece que le deban y no le paguen.

—¿Cómo?

—Sí, ya sabes —se encoge de hombros—. Es una forma de hablar. Está enfadado con el mundo. Es impertinente con todos. No te lo tomes como algo personal.

Los profesores se acercan también y compran los últimos pasteles, así que me dedico a repartir los folletos que faltan a cualquiera dispuesto a cogerlo.

—Aquí tiene que haber veinte libras por lo menos —dice Sarah mirando sonriente la caja de la recolecta, pero de repente, me siento insegura y decepcionada. Veinte libras no es mucho en realidad, y menos si tenemos en cuenta toda la harina, huevos, azúcar y colorante alimentario que he usado para preparar mis *cupcakes*. Estoy bastante segura de que no será suficiente para salvar al panda gigante. Miro a mi alrededor y veo media docena de folletos sobre pandas tirados por el suelo, y mi ánimo se hunde todavía más.

Salvar al mundo con un pastel puede que sea mucho más difícil de lo que había pensado.

Fulmino a Lawrie Marshall con la mirada cuando oigo sus fuertes pasos en el pasillo. No sé qué motivos tendrá para estar enfadado con el mundo, pero desde luego es un amargado aguafiestas.